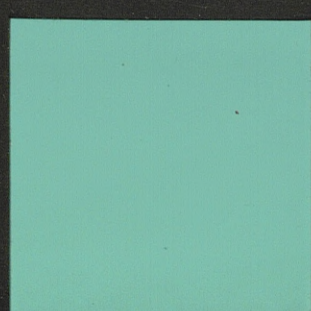
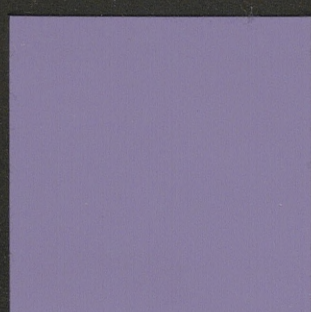
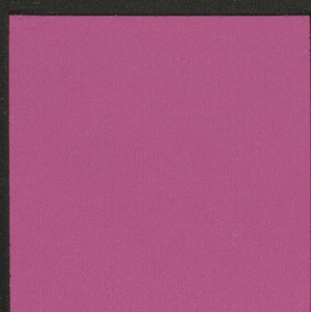
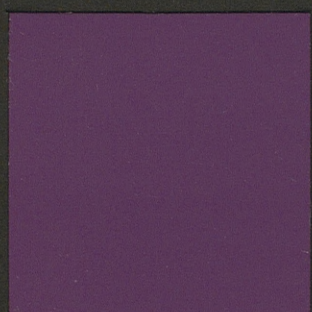
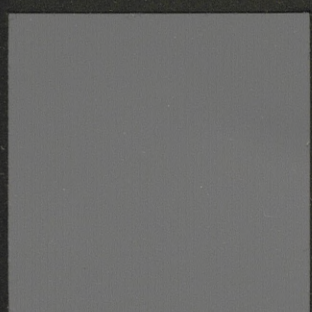
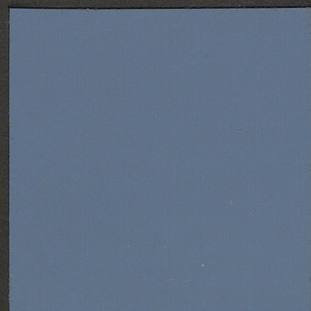
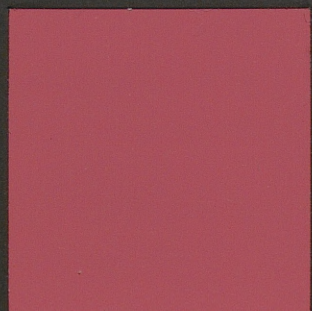
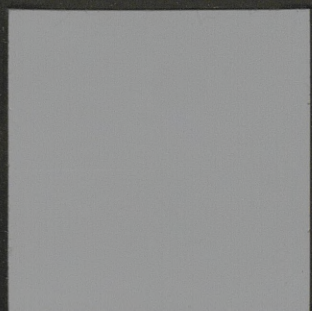
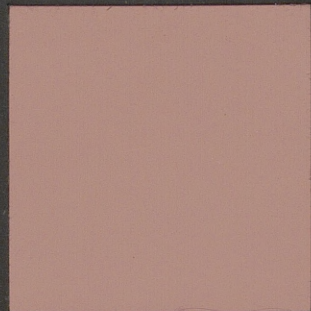
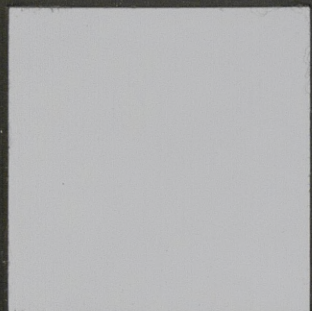
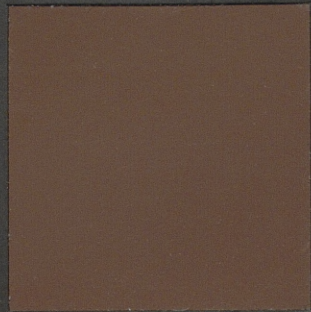
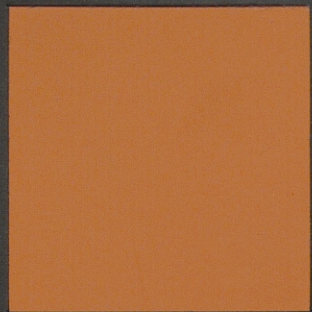
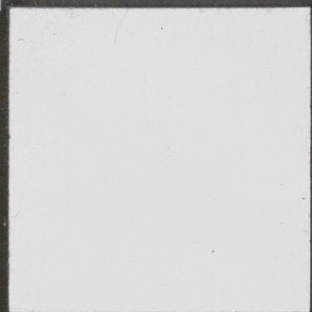
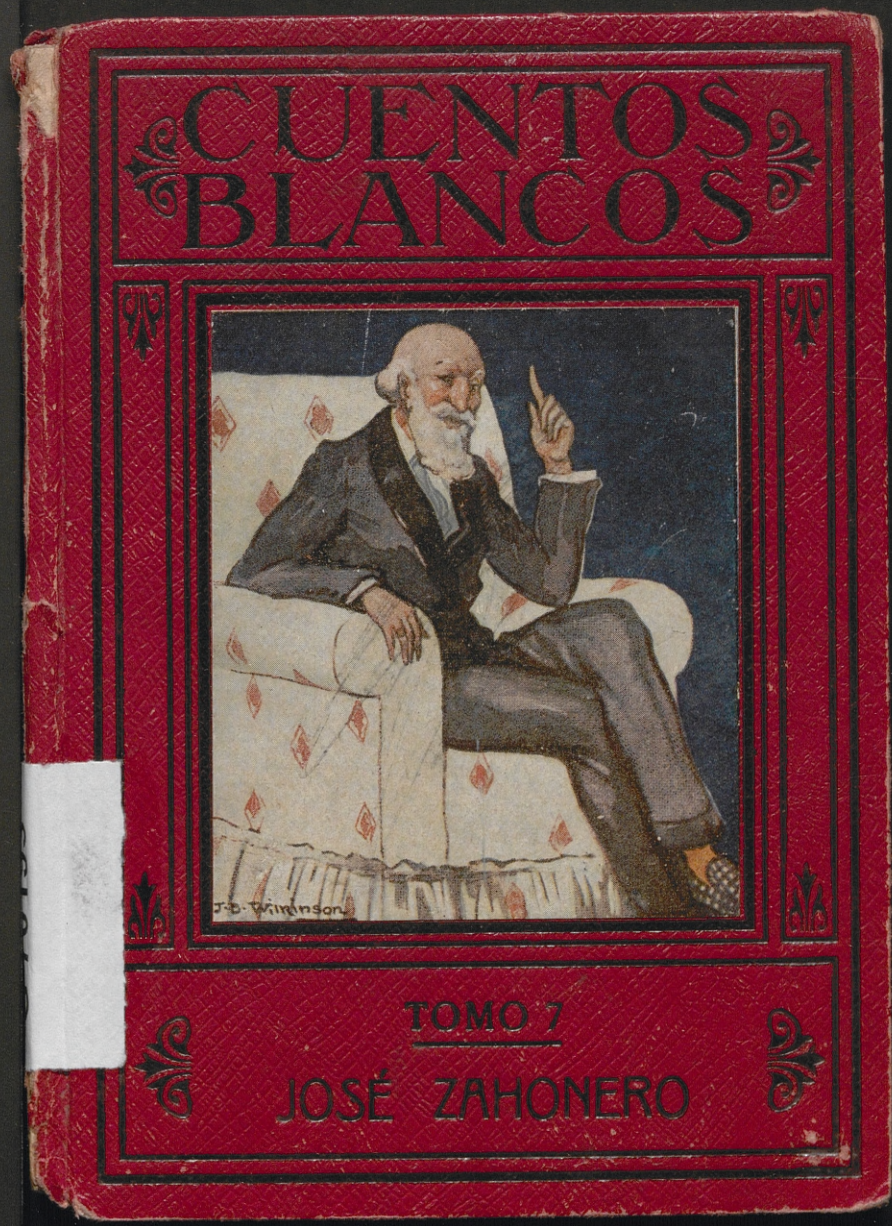


calibrite



colorchecker classic

100mm



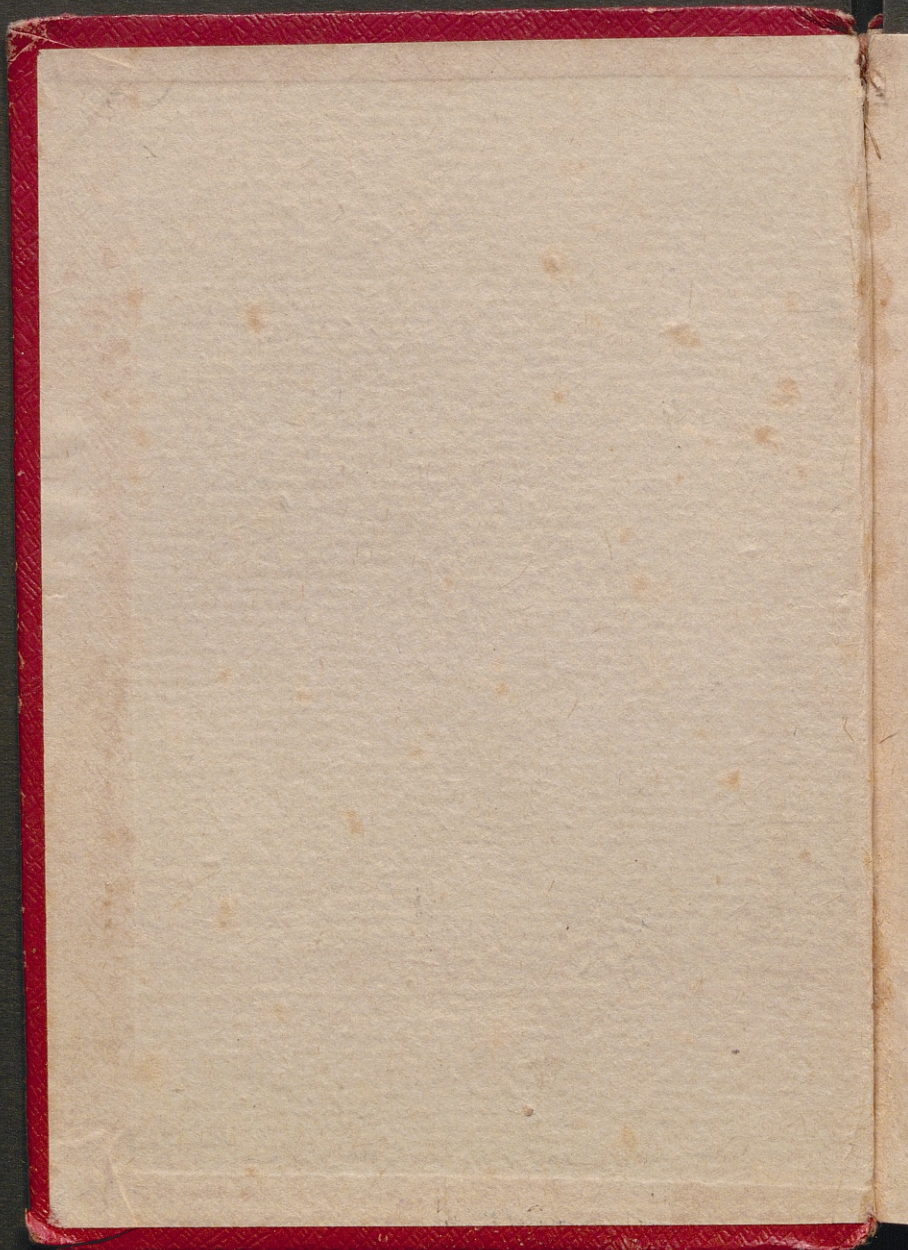
CUENTOS
BLANCOS



TOMO 7

JOSÉ ZAHONERO

G 70193



T2065367
C.75832112

CUENTOS BLANCOS

- BIBLIOTECA CUENTOS BLANCOS -

TOMO VII

Los gorriones anarquistas. — Cadena de paz. — ¡Dame el mío! — El pajarito que todo lo sabe. — La nena.

POR

José Zahonero

CON CENSURA ECLESIASTICA



ADMINISTRACIÓN DE ESTE LIBRO:

Editorial Barcelonesa, S. A

CORTES, 596.—BARCELONA

ES PROPIEDAD

R. 260310

MCD 2022-L5



LOS GORRIONES ANARQUISTAS

I

PLUMAS no me faltarían porque bien abundan en la gente de que voy a hablaros; pero pluma bien cortada y de corte para escribir una página de historia no hallo, y esta de que me valgo váleme porque no tengo otra a mano.

Así es que ni florido será el estilo, ni

agudos los juicios, ni sentencioso el término en esta mi narración. Sin embargo, puede que de ella sacar pudierais alguna enseñanza de algún provecho.

Es la república de que voy a hacer historia un vasto corral muy poblado de toda clase de ciudadanos y ciudadanas y donde se alza, yergue y envalentona con donaire, presunción y fanfarria un moce-te de vistoso atavío y empinada cresta, que alardea de guapo, y según su andar acompasado y sus meneos de petulante no parece sino que todo el mundo tiene por suyo y a toda hora exclama con énfasis y mucho imperio y a grito pelao:

—¡Yo mando aquí!

Una muchedumbre de gallinas servilinas murmuran frases de aprobación cuando esto oyen y los polluelos suelen repetir medrosos y no menos aduladores:

—Sí, sí, sí...

No obstante... no obstante habría mucho que hablar acerca de la sinceridad de tales afirmaciones, porque dicese que los pititos mientras son pequeñuelos amóldanse a la sumisión y votan con el gobierno; pero que no bien llegan a ser mayorcitos y la cresta les apunta y colorea ya en la cabeza... conspiran contra el emperador y aun algunos hablan sin respeto y le afrontan con descaro y hasta llegan a desafiarlo.

El corralón es un lugar de abundancia; allí las cazuelas de salvado están repletas; el grano es derramado con profusión dos o tres veces al día, y siempre se suele hallar qué picar aquí y allí por el suelo...

No les falta a una comunidad de silenciosos conejos que viven retirados y sólo se entienden haciéndose gestos y carantoñas, coles, pepinos, lechugas y otras

hortalizas... Ni tampoco les falta su buen pienso en sendas gamellas a los señores de la cerdonia, ni su charca a los gansos, ni su comida a las palomas.

Sébase, y ha de decirse, porque los historiadores nunca debemos ocultar ni un ápice de la verdad, que allí había para todos, y no sólo para los nacionales, sino que aun sobraba para los extranjeros, y bien podían confirmarlo una muchedumbre de gorriones que se ponían en los caballetes y en los aleros de los tejados de los edificios que cercaban el corral y parloteaban sin discreción y de vez en cuando, astuta y rapidísimamente, bajaban a él, merodeaban allí y huían con bocadillos en el pico.

Sin duda pensarían ellos que aquello era vergonzoso, dificultoso y penoso, puesto que tenían que proveerse por sorpresa, con precipitación y sobresalto...

pues o bien las gallinas no les dejaban lugar o bien estaban expuestos a los picotazos de los gansos, que con decir que eran gansos dicho se está lo egoístas, groseros y torpes que serían.

Hay historiadores que afirman que todo el pueblo de los gorriones conspiró desde luego contra la nación del corralón; nada diremos nosotros acerca de esto, relataremos los acontecimientos y el lector deducirá las consecuencias, y por unos y por otras tal vez se consiga determinar las causas.

Una mañana hallándose sobre una saliente aconchada teja, «Picarrón», que de pico le venía el nombre, un gorrión ya vejete y astuto y experimentado, esponjándose al sol y medio cerrando los ojitos para que pensarán los que le vieran que se moría el pobrecito de sueño y que ya entontecido y amodorrado iba quedándose

dormido. Miraba por entre párpados y sobre todo estaba atento escuchando todo cuanto en el corralón se decía.

Como es de suponer a cada momento el divote del gallo repetía su incesante:

—¡Yo mando aquí!

Y las lisonjeras gallinas a su vez respondían:

—Por-por... tu valer...; por-por tu valer.

Esto hacía reír a carcajadas a los pavos, que muy pagados de sí mismos, se inflaban a cada instante.

Un palomo danzaba un minué en torno de su paloma y decíale galanterías; pero en otro lado una paloma quejábase de una insolente gallina que la había llamado simplona e imbécil porque vivía esclavizada.

—Si yo tuviera tus alas, si yo pudiera volar—decía la gallina—¿habría de estar-

me aquí metida en este corralón y habría de dejar aquí a mis hijos?

—¿Pues a dónde habías de ir que mejor estuvieras? — preguntaba sencillamente la paloma.

—A correr por el mundo, que es más de cien veces mayor que este corral en que estoy encerrada, criando hijos que forzosamente he de destinar a la iglesia o a la guerra.

—¿Cómo es eso?

—Sí, porque ya habrás oído decir que un pollo lo guardan para Pascua, otros para San José o para otra fiesta religiosa y así. Muchos lo crían para gallo de pelea... y nosotras aquí estamos, mientras servimos para poner o criar, nos conservan y, si no, nos matan... ¡Al mundo, al mundo, que es hermoso y en él no hay quien nos haga daño y hay abundancia de todo!

—¿Pero quién te ha contado eso?— preguntó la paloma.

—¿Quién? Los extranjeros; esos gorriones que bajan a veces por aquí... únicamente para hablar con nosotros y emanciparnos. Fingen que vienen a comer... figúrate, ellos, necesitar venir aquí a por la pitanza, cuando son dueños de ir por el mundo. Fingen esto que digo y en realidad sólo vienen para hablarnos.

—Lo que esos quieren es manducar a costa vuestra... Porque yo, que vuelo a veces alto, no he logrado ver esas cosas tan buenas que te dicen—replicó la paloma.

—Tú eres una pánfila que no sabes separarte ni de tu palomo ni de tus hijuelos—contestó la gallina.

—Como deben hacer los buenos casados—dijo la paloma.—Ya tú ves, ahora he salido yo a dar una vueltecita a tomar

un poco el aire, y en tanto, mi marido está sobre nuestros hijitos.

—¡Vaya un bobalicón!—dijo la gallina.

—Te ruego que no insultes a mi compañero.

—Tu compañero... hasta que establezcáis el divorcio... o viváis a la mora como nosotras.

—Bueno, bueno; yo no tengo gana de perder el tiempo—dijo la paloma; y de un vuelo se puso a gran distancia.

Las opiniones de la gallina eran las de casi la mayoría de los habitantes del corral; había, pues, llegado el momento, y el gorrion pronunció por fin su discurso.

—Compañeros: ya es hora de que abandonéis este corral inmundo; por lo menos, vosotros, respetables gansos, y vosotras, amabilísimas gallinas, descorrallaos... y huid de la tiranía; haceos

cosmopolitas... Ved la ocasión que se os ofrece—añadió, señalando a un estrecho boquete que abierto en un paredón daba al campo.—Unos filántropos diestrísimos han resuelto salvaros. Mirad allí.

El agujero se agrandaba cada vez más. Unas manazas poderosas trabajaban para ello... y cuando estuvo abierto salieron por él primero los pollitos... luego las gallinas... y todos cayeron en las garras y luego en las fauces de un zorro y una zorra que allí los aguardaban.

El corral casi vacío...; pero una muchedumbre de gorriones extranjeros, revolucionarios, invadieron el corralón y durante mucho tiempo pica aquí, pica allí, fueron sacando la tripa de mal año. Es sabido: los pillos se pusieron de acuerdo con los poderosos malvados, los revolucionarios con los tiranos.

¿No es esta la historia de muchos pue-

bles? Así lo es... aunque, sin duda, otras habrán sido contadas con floreos y filosofías, para combinar lo útil y lo dulce. ¿Qué se le ha de hacer? A mí no me fue dado narrar de mejor manera el episodio de los gorriones anarquistas.





CADENA DE PAZ

EL magnífico trasatlántico español X..., hallábase en el amplio puerto de Río Janeiro dispuesto ya para proseguir su viaje de retorno a Europa. La mañana era de las pesadas y calurosas, anunciando un día de los más ardientes de aquella tropical temperie. Aparecía el cielo toldado por nebulosidad gris, más blanquecina que un cendal tenue de cenicienta,

débil defensa contra el deslumbrador torrente de luz solar que fulguraba potentísimo. Neblinas vagorosas prendidas a una y otra ribera, velaban los islotes y de una parte la campiña y de otra las alturas, desde las cumbres de *Corcovado* hasta el pie de *Pao-da Asucar* y así la grandiosa y hermosísima vegetación americana y casi ecuatorial veíase a través de aquel finísimo vapor como a través de un finísimo fanal.

En la popa del buque, sentadas en sendas butaquitas de mimbres, estaban a la borda de estribor y no mucha distancia una de otra, dos familias: eran dos interesantes grupos de pasajeros. Hacían uno de los grupos una dama de unos treinta y ocho años, blanca, rubia y aunque no podía ser calificada de bella, agradable por la apacibilidad y dulzura del alma que bien se revelaban en su rostro sereno y

melancólico. Cerca de ella había dos niños, una niña y un niño, mejor dicho un muchacho, pues ya había en él robustez, apostura y expresión de hombrecillo. La niña era realmente linda; era un retrato miniatura de su madre, pero en cuyo retrato hubiérase tratado de embellecer y perfeccionar el rostro de la señora.

El muchacho, más que rubio, rojillo, un poco huraño de gesto; un verdadero cachorro de león. Ambos niños estaban silenciosos, quietos, tristes, como pajarillos prisioneros.

El otro grupo hacíanlo una señora joven y agraciadísima y de exquisita elegancia, una señorita muy bonita y dos niños gemelos de portentosa semejanza. Este grupo era una familia francesa; el otro una familia alemana. Los niños de una y otra hacían por no cambiar miradas con el opuesto grupo, o se miraban rece-

losamente. Todos comprendían les era necesario guardar una prudentísima conducta, así los alemanes como los franceses, menos el cachorro que estaba adusto, entreceizando la frente y como perro con ganas de hincar los dientes.

Hacia dos meses que en el Brasil se había tenido la noticia terrible de haber estallado en Europa la guerra internacional. La dama francesa era esposa de un médico parisién que, habiendo ido tres años antes al Brasil, comisionado por el Gobierno francés, se enamoró del país y decidió fijar en él su residencia. Y tornó a Francia a dar cuenta de su comisión y volvióse a Río Janeiro, trasladando con él a su hermana, a su mujer y a sus hijos. La señora alemana era esposa de un ingeniero mecánico de Heidelberg, que llevaba muchos años establecido en el Brasil. Así el médico francés como el in-

geniero alemán, ambos por patriotismo, habían marchado hacía ya tiempo a alistarse en sus respectivos ejércitos. Las familias de uno y otro resolvieron al cabo de un mes reunirse a ellos. Cuando el barco levó anclas y empezó con majestad su marcha, los pasajeros de primera clase llegaron a saber que a bordo, en tercera clase, iban muchos alemanes y franceses jóvenes y pobres, y que estos jóvenes eran reservistas que se dirigían a Europa con el propósito de hacer lo posible por llegar a Alemania a unirse a los ejércitos del Kaiser unos y a los de la República otros, para cumplir con lo que ellos entendían que era un sacratísimo ineludible deber de patriotismo.— ¿Habrá peligro?—decíanse los pasajeros españoles y americanos que iban a bordo.—No, el barco era de una nación leal, sinceramente dispuesto a la más absoluta

neutralidad. El capitán, un verdadero capitán de la marina mercante española, y, por lo tanto, valeroso, celoso, y sobre todo veraz, aseguraba que no. Había él separado a los franceses de los alemanes, y unos y otros habíanle prometido, empeñando su palabra de honor, respetar la hospitalidad, ser discretos, prudentísimos, corteses y nobles. Y cumplirían su palabra, decía el capitán, «porque se ve que son todos hombres valientes», pero añadió: Aquí sólo puede haber un peligro.

—¿Un peligro?—interrogó un pasajero.

—El peligro de que rompan las hostilidades aquellos pequeñuelos—replicó el marino señalando a los grupos de las familias francesa y alemana.—Lo temo porque una chispa puede ser causa siempre de un incendio. Durante más de hora y media nada alteró el sosiego ni en una ni en otra de las referidas familias. La se-

ñora alemana había abierto un libro y leía en alta voz; sus hijos atendían a la lectura. La señora francesa tenía en sus brazos a su hijita; la señorita hacía labor y los dos gemelos, que eran próximamente de la misma edad que el cachorruelo alemán, divertíanse con una maquina fotografica.

El trasatlántico hallábase ya en alta mar hacía tiempo, cuando vióse aparecer en la lejanía un barco de guerra. ¿De guerra? Sí. Sin duda un barco inglés. En efecto, era un crucero británico. El leoncete, al verlo, pensó fuese aquel buque un buque alemán, y gritó, mejor dicho, dio un graznido, y aún más propiamente se diría un rugido con palabras alemanas. Salutación de entusiasmo al aparecido. Los francesitos, sabiendo que era un barco inglés, un aliado, dieron un ¡viva Francia!

—¡Muera Francia! —exclamó el cachorro, —y los francesitos, igualmente altos, igualmente forzudos y animosos, arrojáronse al muchacho, algo más fuerte que ellos, y enredáronse en lucha, rabiosos, ciegos, casi feroces. La dama francesa dejó en brazos de la señorita a la niña, y separando a los gemelos de la pelea, púsose delante del alemancillo protegiéndole, y al propio tiempo la alemana hizo lo mismo con los francesitos... La señora francesa exclamó en correcto alemán, dirigiéndose a la dama alemana:

—Perdonad, señora. Los niños no tienen reflexión.

A lo que contestó la señora alemana en francés:

—Perdonad vos, señora, que mi hijo es violento y desmandado...

Al decir esto, con rápido ademán, de la bolsita de la señora alemana cayó al

suelo un rosario... y la señora francesa lo recogió, lo besó, y con viva emoción se lo entregó a la alemana.

—¿Sois católica, señora?

—Sí... ¿Y vos también?

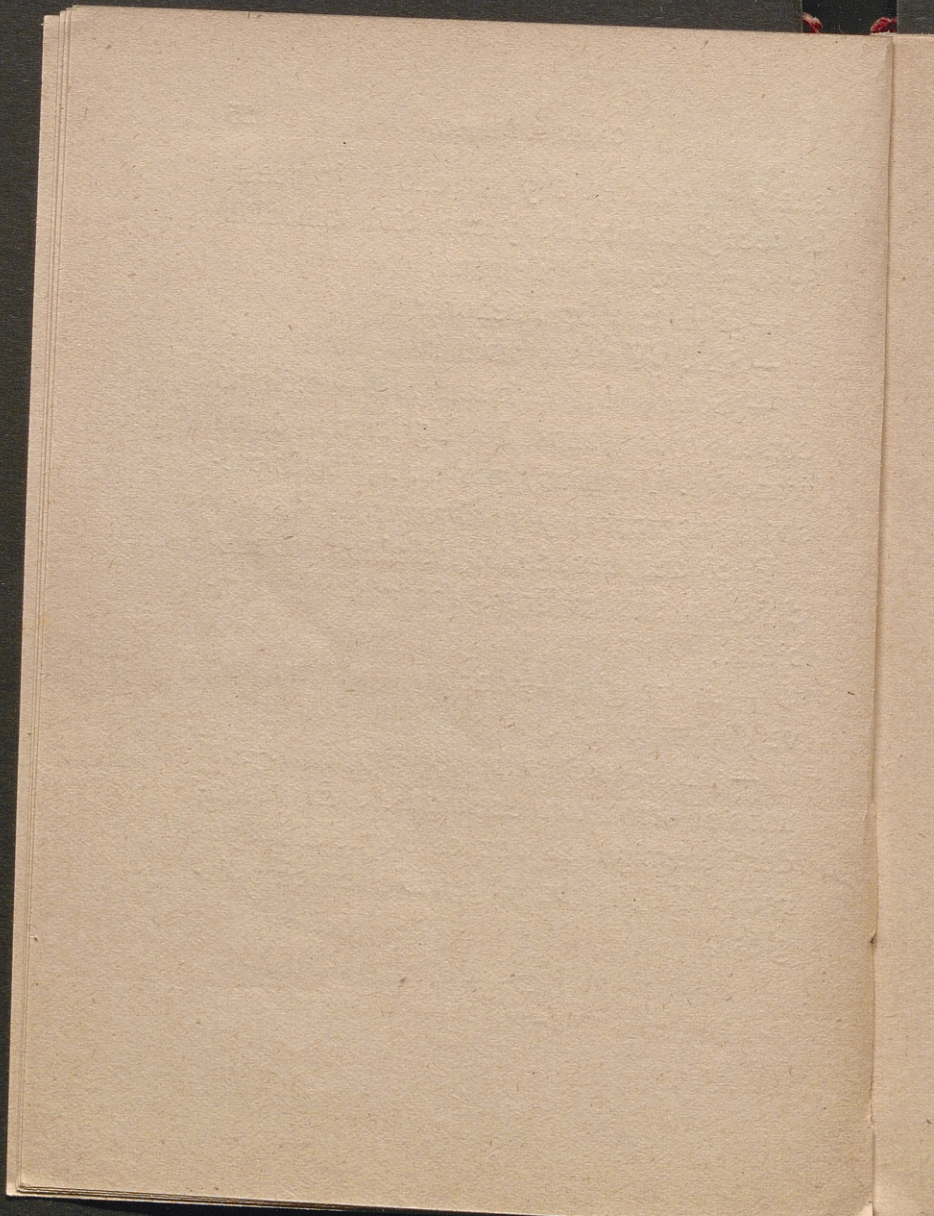
—¡Somos todos hermanos!—exclamó con los ojos llenos de lágrimas la dama francesa. Y ambas, por un mismo impulso, se acercaron y se abrazaron.

Poco después, todos los niños, obedeciendo a sus madres, abrazáronse también...

—La religión — decían — es nuestra verdadera patria.

—¡Ah!—exclamaba el capitán...—Ni unos ni otros son enemigos... El verdadero enemigo tal vez es el que allí aparece. Y señalaba al terrible crucero inglés...







¡DAME EL MÍO!

I

¡Tin, tin, tin!

Las campanitas de San Martín.

¡Tan, tan, tan!

Las campanitas de San Julián.

¡Ton, ton, ton!

Las campanitas de San Antón.

—Mira, mira, pues se ha reído y abre los ojitos.



—Reírse, sí; si está haciendo esa mueca no sé cuánto tiempo; para mí que lo que el niño tiene es que le amaga un accidente.

—Que no, mujer; que se ha reído.

¡Tin, tin, tin!

Las campanitas...

—Calla, por Dios, hombre, que vas a darle mayor dolor de cabeza del que tiene ya el pobrecito. Y el médico sin venir.

—Vaya, yo te digo que el niño no está tan malo; eso es que no acaban de romper los colmillos.

—¡Quiera Dios que sea eso!—exclamó la madre con voz angustiada y espirante.

—Juan Antonio, no te muevas tanto, que mareas.

Juan Antonio, a quien las palabras de su mujer habían alarmado, acercóse de puntillas a la cuna del niño y se quedó mirándole fija y atentamente, y conte-

niendo el resuello y tieso como un maniquí de palo.

La cabeza del niño era escasa de pelo, pero éste era como de hilillo de finísimo oro; marcábansele en las sienes las muy azuladas ramitas de las venas, resaltando muy marcado el frontal de niño cerebroso; el plano de la frente era muy blanco, y como de levísima pelusa las cejas, hondas las cuencas de los ojos, éstos grandes y grises, medio cubiertos por grandes y pestañosos párpados cuasi rojizos; la nariz menuda y cerosa, cuyas alas se abrían y cerraban al afanoso alentar febril. Tenía la boquita entreabierta, de labios muy encendidos y secos, y todo el rostro con una lividez e inmovilidad que inspiraban en el que le miraba el ávido deseo de que allí instantáneamente reapareciese la coloración de la salud y la habitual alegría de la infancia. Se abrasaba, se abrasaba

aquel cuerpecito, sus manitas ardían. —¡Vida mía!—exclamaba el padre sintiendo en los lagrimales el escozorcillo y la humedad de las lágrimas que brotaban al impulsivo latido del corazón.—Oye, rico—añadió en voz baja;—¿no quieres oír la parlería de las campanitas?

—No, hombre, no; déjale tranquilo—murmuró la madre.

—Si es que ayer—replicó en voz baja el padre—inventé yo esa quisicosa del tin, tin, y tú no sabes lo que él se pudo reír.—Y añadió: Míralo, lo que me parece a mí es que está durmiendo; ¡parece un ángel!

En efecto; como nada hay más solemne que la dulce seriedad de un niño dormido, nada más celestial que el reposo beatífico de esas inocentes criaturas, Juan Antonio, hombre rudo, sin duda por verse siempre obligado a la incesante brega del

trabajo material, tal vez no había sentido hasta entonces un asombro y un encanto, una veneración y una maravillosidad como los que sentía en aquel momento contemplando a su hijo.

De pronto un rapidísimo parpadeo se produce en los ojos del niño; sus pupilas se elevan hacia arriba y como si fueran a volverse hacia dentro del cráneo; hace una horrible mueca torciendo la boca, pone rígido el cuello, revuélvese en convulsión como de movimientos automáticos de un mecanismo inerte, los brazos, el cuerpo y las piernas.

¡La eclampsia!... ¡La eclampsia! ¡La terrible eclampsia, con sus deformaciones deaolinas, hipergilismo repentino y sus retorsiones espantosas!

Juan Antonio lanzó un grito de furor, la madre un grito de angustia, y se precipitó a abrazar a su hijo.

Juan Antonio sentía odio, un odio fiero a un enemigo invisible, una infernal desesperación, una rebeldía satánica. Apartáronle del lado de la cama de su hijo con la fuerza y la violencia con que se sujeta a un loco impulsivo atacado de la mayor exasperación de su delirio; condujéronle a una habitación apartada, y allí, con energía y con incesante y hábil oficiosidad, lograron calmarlo y aun engañarlo con esperanzas consoladoras.

—¡Dejadme solo! ¡Dejadme solo!— gritaba él. —Pero no, no, tenéis razón: las criaturas, por el más leve motivo, presentan en las enfermedades síntomas alarmantísimos más que peligrosos, ¿verdad? Sin embargo, quién sabe si el médico se habrá descuidado. ¡Oh, el ataque ha sido terrible! ¿Se morirá?—rugió con furia; y en aquel momento, ante la idea de un fu-

nesto resultado, volvió a sentir la desesperación.

Habíase quedado solo en la habitación, y entregándose a tristes pensamientos, tembló de espanto. Si el médico no acertaba, acudirían a otro; ¿y si todos los medios resultaban inútiles, a quién acudirían? Surgió entonces en su mente un pensamiento en ella bien extraño, y en su corazón un sentimiento desconocido: la idea del cielo, la necesidad de la súplica a un Ser Omnipotente, llegaba impelida por el dolor al borde del misterio.

Necesariamente tenía que haber un Genio, un Dios, *un algo* superior a todo y dotado de la inmensa virtud de detener a la muerte y difundir la vida.

Juan Antonio ya no se reía de esto, y como en aquel instante entrara su mujer, le interrogó con la mirada y el gesto angustioso.

—Mal, muy mal—dijo ella;—pero no entres, si algo ocurriera yo te avisaré—dijo con profundo desaliento la madre, y se volvió a la habitación del niño.

Con violentísimo movimiento juntó y cruzó las manos, elevándolas al cielo, y exclamó:

—¿Es posible que no haya esperanza? ¡Dios mío! ¿Qué te importa de que exista una criatura más en el mundo? Yo no tengo más que esta criatura, Tú eres Padre de todos... ¿Es un castigo? ¿Vas a castigarme? Sí, sí, es cierto; soy impío, vicioso, desordenado, violento; dicen que con todo esto, que son pecados, te ofendo; ¡perdón! ¡perdón!

Y así, vivamente emocionado, tomó su sombrero y su capa, y poco después salía de la casa, marchando por la calle a toda prisa, como quien acude a realizar una urgentísima diligencia.

II

Pasada la puerta del zaguanete que da entrada al viejo oratorio, uno de los más antiguos de Madrid, hay un patizuelo, y en él se hallaban a aquella hora Juanillo y Miguelín jugando al peón, aunque no muy amigablemente.

Juanillo era voluntarioso; Miguelín, tímido; el uno un morenucho apicarado, el otro un rubiejo pálido e indolente; ambos dos angelicales diablillos al servicio de la iglesia. Cuando Juan Antonio penetró en el zaguán y atravesó el patio, sin fijar su atención en los muchachos, éstos disputaban, y tampoco se fijaron en aquel devoto que entraba en el oratorio cuando ya casi era la hora de cerrar éste.

—Es que mi peón tiene poca punta, el

tuyo sí; me quedo con él y te daré una goma de borrar y tres botones.

—No quiero ¡ea!—replicaba apenado Miguelín;—verás tú si baja el padre, nos ve jugando y luego...

Y así, unas veces bajando, otras alzando la voz, prosiguieron en su disputa como en parloteo de pajarillos.

Juan Antonio hallábase en el oratorio ante un altar, en el cual veíase una patética imagen de Nuestra Señora de la Soledad, cubierta con manto de negro terciopelo, cruzadas ante el pecho las blancas manos, inclinada la cabeza y expresando en el rostro, de ojos llorosos, la más honda tristeza y el más trágico de los dolores.

Parecióle a Juan Antonio que la Virgen lloraba con él y por él; cuasi inconscientemente se arrodilló exclamando: «¡Dame mi hijo!»

Entonces ocurrió un hecho extraordinario, que sobrecogió de asombro y de espanto a Juan Antonio; una voz suplicante y dulce, apagada y tierna, dijo:

—¡Dame el mío!

Juan Antonio se levantó, miró en torno suyo: estaba solo; los fuertes latidos de su corazón impedíanle oír el rumorcillo de las voces de los niños, que seguían charlando en el contiguo patio.

¿Qué era aquello? Un prodigio; había hablado la Virgen; sí, él lo había oído: «¡Dame el mío!» Una violenta agitación nerviosa conmovió el cuerpo de aquel hombre, el cual, con el corazón y la mente exaltados, murmuró, mirando a la santa imagen:

—¡Sí, sí! ¡Mi hijo! ¡Mi Dios, a quien con mis culpas yo he clavado en la cruz! ¡Perdón, perdón, Madre mía! Y aquel hombronazo postróse de nuevo de rodi-

llas y rompió a llorar, y poco después sintióse aliviado como del peso de una enorme carga, y sintió en el alma el consuelo y la decisiva resignación de una inefable esperanza.

Al salir del oratorio ya los niños no estaban allí; aquellos angelitos, sin saberlo, habían sido instrumentos para un prodigio que por el misterioso juego de otras circunstancias, por Dios determinadas, se había realizado.

Juan Antonio entró en su casa dulce y apaciblemente, y dijo a su mujer, a la cual halló en la puerta:

—El niño está mejor, ¿verdad?

—Sí, sí, ha pasado la crisis; dice el médico que ya responde de él.

—¡Responde! ¡Responde! — exclamó loco de alegría Juan Antonio; y luego, con acento, gesto y ademán extraños, que hicieron a la pobre madre temer que

su marido deliraba, exclamó:—¡Gracias, señora! Yo te devolveré el tuyo.

—¿Qué dices?—replicó la esposa.

Juan Antonio no contestó; tuvo su alma en un instante la comprensión del secreto profundo a que obligan los prodigios y los extraños beneficios del cielo.

—Está despejado; mira y ríe—añadió la madre;—pasa a verlo.

En efecto, era verdad; ¡oh qué alegría! Una hora después, aun sintiendo dentro de sí Juan Antonio toda la amargura del arrepentimiento, divertía a su hermoso niño con aquella quisicosa que el muy padrazo había inventado.

¡Tin, tin, tin!

Las campanitas de San Martín,

¡Tan, tan, tan!

Las campanitas de San Julián.

¡Ton, ton, ton!

Las campanitas de San Antón.

Todas las parroquias
tocan a función.

Claro, como que era el festival de un
doble milagro: la alegría de dos resuci-
tados.





EL PAJARITO QUE TODO LO SABE

I

PARADO en medio del pradezuelo, inmóvil, cuasi sin respirar; pierniabier-to, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos levantados al cielo, al espacio azul, estaba ya el muchacho largo rato mirando aquí e instantáneamente a otra parte según la dirección del vuelo de tal o cual pájaro de los muchos que por lo alto volaban. De vez en cuando mórdíase los labios con rabia y apretaba los puños, porque una

llamarada de odio le encendía el corazón.

—¿Cuál de esos será? Si le pillara... ¿Cuál será el indino que lo sabe todo?— pensaba Tomás.

Momentos antes el muchacho había, como otras veces solía hacerlo, mirado y remirado e inspeccionado los árboles del jardín y el tejado de la casa, desde el caballete remate hasta el alero... ¡Necio empeño! Sí, sí; facilito era el descubrir al maldecido pájaro o pajarraco. Seguramente no era ninguno de los que cautivos en sus jaulas y mimados había en la casa... Porque además de que nadie puede dudar de los seres a quienes ama y Tomás amaba a sus pajaritos, éstos, que estaban prisioneros, no era posible que llegasen al conocimiento de lo que pasaba más allá de sus cárceles.

El descubrimiento había que dejarlo a

la casualidad, misteriosa cooperadora y colaboradora de la naturaleza... la casualidad denunciaría al hipócrita, al cobarde y vil enemigo del chiquillo.

Tomás aburrido al fin, y con grande desesperación, dejó de mirar al espacio; llamóse a sí mismo tonto, por lo necio de su acción; encogióse de hombros y echándose, como suele decirse, el alma a la espalda, se encaminó hacia la otra parte del parque hacia la cerca del huerto. Allí, allí estaba con mucha majestad la hermosa y generosa higuera; no lejos de la noria, en torno de la cual daba vueltas y más vueltas con los ojos vendados el paciente borriquillo. La higuera aparecía magnífica y toda inundada de sol. Gozo daba el verla. ¡Vaya si daba gozo el verla! Deleitábanse los ojos al mirar a aquellas, anchas y grandes como abanicos, hojas de un verde oscuro y de verde mate por

su reverso; relucían al sol como la seda nueva y así como bolsitas bien llenas, como tetitas carnosas repletas de jugo sustancioso y dulce veíanse de las ramas pendientes millares de maduros, sazonados melosos higos tentadores, que al mirarlos se le hacían a uno los dientes agua... ¡Uf, qué ricos! ¡Ah! pero aquel majestuoso árbol, pomposo como un archimillonario, era árbol prohibido; estaba vedado el tocarlo. Ni más ni menos era, que como el de la ciencia del bien y del mal, como el manzano del Paraíso terrenal, cuyo fruto a todos nos perdió. Resonaba todavía en los oídos de Tomasico la grave e imperiosa voz de su señor padre, que para el chiquillo había de ser como la misma voz de Dios.

—No quiero que nadie toque ahora a la higuera. ¡Cuidado con intentar el subirse a ella y menos aun el apedrearla!...

A esta voz solía unirse otra voz, muy suave de aliento, muy dulce de timbre y algo temblona y que también resonaba en los oídos del niño:—Si no obedeces, Tomasito, yo habré de saberlo... ¿Entiendes?

Era la voz de Clarita, ella era la que así había hablado, la que así solía hablar. Clarita, la abuelita. Una señora que ya no podía andar cuatro pasos sin apoyarse en brazo ajeno y que cuando no tenía esta ayuda, había de verse forzosamente sentada como clavada en su butaca, ya en su habitación, ya en el jardín a la puerta de la casa, y sin poder apenas revolverse en dicho silloncito. Era bajita, encorvadita y maliciosilla y graciosa. Bien parecía su cara como si hubiese sido de marfil, pues era blanca, muy blanca, aunque en partes con un ligero matiz amarillento; su piel, muy tersa y muy fina. Cara añada; con una boca como un piñón y unos

ojos grandes aún, vivarachos aún; miro-
nes, atisbadores, escrutadores, perspicací-
simos y al mismo tiempo cariñosos y
dulces como los de una paloma.

La viejecita sentía crecer la hierba y
hasta sentía el ruido que con abrir y ce-
rrar sus bocas hacían los pececillos del
estanque. Era muy lista. ¡No había segu-
ramente nacido todavía el tuno que había
de pegársela a aquella viejecita de cara
de niña!

Pues señor, como íbamos diciendo, la
higuera dorada por el sol, rodeada en lo
alto de la turba de revoladores pájaros
cortesanos suyos, aduladores que trata-
ban de engatusarla con sus gorjeos y
píos lisonjeros y a la vez de picotear en
los higos, y abajo asediada de moscardo-
nes y moscas golosos que zumbaban mo-
nótonamente, chusma de mendigos, pedi-
güenos, impertinentes, pegajosos y sucios,

la higuera mareaba a Tomasico y el diablo le hurgaba, pinchándole con el apetito y la golosina...

¡Animo! ¿Quién había de descubrirlo?... ¿Que los higos los tenían contados? ¡Patraña! Ahí se iban a poner a contarlos... Y aun suponiendo que los tuvieran contados ¿con qué fundamento podían culparle a él como autor del delito de habérselos comido?... ¿Acaso los pájaros hacían allí penitencia?

De seguro habréis entendido que estas reflexiones no se las hacía Tomasico, sino que hacíaselas a él un enemigo; el mismo diablo en figura de Roque, el chico de la huerta, era malo y travieso y no tenía ni temor ni respeto a cosa alguna de este mundo... y aun creo que ni del otro.

Allí estaba el muy pícaro, haciendo de serpiente.—Anda—le decía a Tomasico;—quítate la chaqueta y ten cuidado de no

rozar el pantalón con la corteza de la higuera, para que no te conozcan que has subido, y súbete; yo te ayudaré y luego subiré; ¡ya verás qué buena panzada nos damos!—En efecto, pronto los tunantuelos se vieron en el centro y sobre el tronco de la higuera, cubiertos por las anchas hojas y dándose un atracón de riquísimos higos... garra tras garra cogiendo higos de los ramos.

—¿En qué confitería de la ciudad habrá cosa más rica? ¿Di, tú?—exclamó Roque, relamiéndose.

Tomasico nada dijo, sino que siguió engullendo higos, hasta que al cabo de un buen rato entróle el miedo y se aventuró a decir que a él iban a castigarle porque la abuelita todo lo sabía... todo.

—Anda, chico—dijo Roque;—no tengas miedo, hombre..., que yo te aseguro que nadie lo sabrá.

Allá, en la cima sobre la cual desde siglos hace se asienta la ciudad hecha de oro viejo; la ciudad castellana, cuna de Juan Bravo. En la cumbre plataforma de la hermosa catedral alzada en la airosa y gallarda torre, que desde lejos veía sin duda a los atrevidos muchachos, embriagados ya con el dulzor de los higos, hízoles con lentas y sonoras campanadas de su reloj, advertencia de que ya era hora de bajarse de allí y marcharse: Roque al casuco del huerto y Tomasico a su casa que estaba a no corta distancia.

Bajaron del árbol los chicuelos:

—Anda, despacha; restrégate las manos con hierba, que las tendrás pegajosas del zumillo de los higos; sacúdete la ropa; ponte la chaqueta y ¡alza! ¡al avío! a casa... que te estarán esperando.—Dijo Roque a Tomasillo y éste haciendo de prisa cuanto su camarada le decía, se

dispuso a marchar y exclamó muy apenado:—¡Quiera Dios que la abuela no sepa ya lo que hemos hecho!...

—Pero ¿cómo lo *tie* que saber?

—Porque hay quien se lo dice... ¡Un pájaro!...—replicó lleno de credulidad y miedo Tomasito.

—¿Un pájaro?—exclamó Roque y se echó a reir con toda su alma.

—Ella lo dice. ¿Estas tú? ¡y mi abuela no miente! Ella me ha dicho que cuanto yo hago y cuando creo que nadie me ve luego se lo cuenta a ella un pájaro... El pajarito que todo lo sabe. Y yo creo que es verdad, lo creo, y lo creo, porque abuela Clarita me lo dice y es cierto lo que dice, y además ¿cómo había de mentir, cómo, si eso es pecado y dice mi padre que es una santa?

—Bueno, bueno; vete pronto... Pero ¿sabes lo que te digo? Que yo no creo eso

del pajarito. No soy tan tonto—replicó Roque.

—Tampoco crees que hay fonógrafo y teléfono, y los tenemos en casa, ni que hay loros que hablan... ¡Tú sí que eres tonto!—Esto dijo Tomás y encaminóse a su casa y en llegar a ella tardó más de una hora.

—¿De la escuela aquí has puesto en venir una hora? Porque es la una y de la escuela se sale a las doce...—pensó la abuelita cuando Tomasico le dio respuesta a la pregunta que ella le hiciera sobre cómo era que había tardado tanto en volver de la escuela. Después, como Tomasico atusó con sus manos las mejillas de la anciana, ésta, que las sintió untosas, se dijo: «El mocito este viene de comer higos», y añadió en alta voz:

—Oye, ven acá, picaruelo... ¿Te acuerdas de cuando te dije que habías

desobedecido yéndote al pilón y exponiéndote a ahogarte? ¿Te acuerdas cuando te fuistes?

Tomás tenía ya miedo a hacer cosa que no fuera de ley... Dichoso pajarito soplón. Pero él ni aun se había atrevido a ir en busca de su amiguito Roque y así aunque éste que muy de tarde en tarde iba a la casa a llevar algún mandado, fue a ella y se quejó del abandono en que Tomasito le tenía, y éste le dijo que no iba por miedo al pajarito acusón. Roque casi llegó a temer a éste y preguntó si había llegado Tomasito a ver el pajarito.

—No, no lo he visto. De los que hay en casa enjaulados y mimados no puede ser ninguno... Pienso yo si será un jilguerrillo que se planta en el árbol que está en frente de las ventanas de la abuela y llega a subirse y ponerse en alguna de las jaulas...

—¿Ah, sí?, pues déjate que el día que pueda me traigo la escopeta de padre y mato al tal pajarito que todo lo sabe.

II

Pasaron muchos días durante los cuales no se atrevió el niño a alejarse de la casa y, por lo tanto, no volvió a ver a Roque, temiendo siempre ser denunciado por el pajarito acusador; mas tanto llegó a preocuparle este misterio, que acerca de él atrevióse a dirigir a Clarita una exigente pregunta para que le dijera dónde se hallaba y de dónde venía aquel que a ella todo se lo contaba.

—Mira, Tomasico: tú ves que los pájaros suben, suben hasta que les perdemos de vista; pues tú no lo dudes, a ellos les



hablan los ángeles que todo lo ven, por eso pían y gorjean tan gozosos; los ángeles les cuentan todo lo que saben y ellos nos traen noticias de los que han muerto y queremos y nos avisan de lo malo que hacen aquellas personas que están en el mundo y que nos son queridas; ya verás como cuando tú seas un abuelito no dejará de venir a hablarte muy en secreto el pajarito que todo lo sabe.

Un año pasó; la abuelita ya había muerto hacía algunos meses y Tomasito no la olvidaba, antes siempre apenadísimo y triste pensando en ella, solía retirarse al rinconcito del jardín donde se hallaba el árbol en que solía ponerse el sospechoso jilguero. El pajarillo piando y cantando parecía decirle cosas; sin duda él hasta entonces no había comprendido algo, que él traducía con estas expresiones: «La volverás a ver. Está en el cielo, está con-

tenta de ver que la quieres y que rezas por ella.»

Mas cierto día, y cuando Tomasito se dirigía a su querido rincón, oyó una voz que gritaba:

—¡Ah, ladrón!—Sonó un disparo y poco después Roque armado con una escopeta presentóse a él, y puso en sus manos el cadáver aun caliente del pobre jilguerito.

—¡Salvaje, qué has hecho!—gritó Tomasito y echóse a llorar y besando el cuerpecito del pájaro, exclamó:—Este, este era el pájaro que todo lo sabía, sabía dónde se hallaba la abuelita.





LA NENA

I

PUES «aónde» tengo «dir»?... Ahí, al campo ese... Me llevo la chica.

—Mira, hombre, no te la lleves; la tengo «entoavía» que peinar.

—¿Pa qué?... Pues si está que «paice» un sol «asín» con los pelillos tan «alborotaos»... Con el vientecico que hace se le quedan rizaicos como si se los hubiera «ensortijao» con tenacillas un peluquero.

—Bueno, hombre, bueno; haz lo que quieras...

Ya se va Antonio con la chiquilla asen-

tada en el brazo derecho y cogida ella por sus bracitos al cuellazo de toro del mocetón, a aquel cuello colorado, áspero, largo y gordo, duro por lo musculoso y firme.

—Teno do lurares...

Teno do lurares...

—Anda, y qué magica que eres, chiquilla. ¿Cantas, hermosa?

—Canta tú...

—Tengo dos lunares...

Tengo dos lunares...

El uno junto a la boca...

—No, papá, no... ¡Así no! ¡Ota cosa, ota cosa!...—dice la niña, con aquella vocecilla que, según Antonio, sonaba mejor que una flauta y hasta que el arpa del teatro Real...

Sobre el gigantónazo Antonio, porque no se exagera al llamarle así con este aumentativo, parecía la nenita un colibrí en la rama de un pomposo arce.

Mirando detenidamente a la chiquilla, unos decían:—¡Qué mona!—Otros:—Es bonita esa niña...—Pero nosotros, poetas

y Antonio, y sobre todo la blanca, fresca, joven y guapetona Juana, de cuya lozanía y vida había brotado al mundo la nena, nosotros decíamos: — ¡Es preciosísima y resaladísima la muñeca esta!

El cabello era fino, fino como la seda, y parecía que le habían polvoreado hilillo por hilillo con purpurina de oro, y como tenía mucho pelo y así de fino, se le ondaba y se le acaracolaba, rizándose solo, como las nubes se alargan y se recogen en el cielo y las olas saltan y se adornan retorciéndose espumosas... Esto por el viento, como decía Antonio.

Tenía frente... como angelico, que era tan lisa como la patena de la misa... decía la Juana.

Su boca coloradita, coloradita, siempre encendida; la naricilla respingona...; pero, vamos, que cuando la pequeña, que era muy locuela, se reía... formábale la nariz, así por esta parte debajo de la frente, y acá por esta, encima de los labios, unas arruguillas que parecían como

hacer con esto una mueca así como de burlas, muy graciosa.

—Los ojos más tunos del mundo, los tiene esta peinetera de chiquilla—frase de Antonio corregida casi siempre dulce y semi-seriamente por Juana, con estas otras:

—Hombre, no seas brutazo; no llames peinetera al ángel de Dios... Esas palabrotas déjalas para la obra o para cuando estés en la taberna... con los tuyos.

Juana se había quedado con la casa hecha una rosa; porque había que verla a Juana; porque además de que ella era eso que se dice «la gran mujer», como se sentía muy contenta y como el trabajo la animaba más que ninguna diversión... «paicía la princesa de las Asturias en un gran baile», según opinión de Antonio, que suponía que las altezas habrían de estar muy gozosas en los grandes bailes.

La relucían los blancos brazos empapados de agua y le brillaban al sol cuando en las ropas que puestas de palo a palo, de los enclavados en el suelo, iba

colgando pieza a pieza de ropa blanca lavada. Cantaba como entre dientes por tener en la boca muchos alfileres, con los que iba prendiendo lo que iba tendiendo; hacía extraños guiños porque el sol le daba en la cara, y de tiempo en tiempo miraba allá, hacia el lado por donde su marido se había ido con la nena.

Pues bien, en aquel día que parecía tranquilo, monótono, vulgar, día ordinario, día como otro cualquiera... no habrían de olvidarlo jamás... ni ellos ¡ah, ni el poeta su cronista!

—¡Andando, andandito!—iba diciendo Antonio...—Ya estamos en el Pradillo...

—«¡Fores!»—exclamó la niña, tendiendo su bracito derecho hacia un lado y dejando caer su diminuta y linda mano con el índice estirado señalando a la hierba, y a la vez inclinaba su cabeza a una parte y miraba con regocijo y admiración a su padre.

—¡Florechitas!... Sí, señor, vamos a coger florecitas para la nena... eso es...

—«¿A nena? ¡Fores!»

—Para mi niña todas.

Margaritas, violetas, botoncillos de plata, botón de oro, amapolas, malvas... mil que crecían entre la menuda grama fue cogiendo con sus manazas Antonio.

Al arrancar por aquellos tallos delicados las florecillas con los dedos duros y ásperos, cualquiera hubiera pensado que la tierra había de sentir los tirones.

La nena iba por una parte, andando con la torpeza de un patito; Antonio, en cuclillas, seguía su recolección de florecillas.

¡Qué graciosa, qué hechicera la nena ponía su delantal de modo que allí la fuera echando Antonio. «¡Más, más! Eta y la ota... y la ota...»

Era insaciable su codicia...

¡Cuántas flores! ¡Cuántas tiene la nena!

Luego se tumbó Antonio a la larga; su niña estuvo allí sentada muy cerca removiéndolo el montoncillo de flores y cogiendo briznas de hierba... ¡Absorta en su juego! Reposada, tranquila... parloteando tan

continua y dulcemente como gorjeaban los pajarillos.

Antonio también estaba absorto mirándola y dirigiendo de vez en cuando sus ojos al cielo azul, azul del cielo.

¡Qué hermosísima tarde! ¡Qué dulce, qué apacible, qué inefable, qué intensa felicidad!

¡La paz de los bienaventurados!

Era el gozo de una posesión completa, la posesión más legítima, la que tal vez es la única respetable y sagrada...

Esto, esto era lo que disfrutaba Antonio...

De pronto su nena se pone en pie y pasito a pasito se acercó acaso más a su padre y pone en sus manos una de las florecillas.

—¿A mamá?

—¿Para mamá? bueno... Para mamá.

Después de los gustos por la botánica mudó la nena de afición y empezó a recoger y juntar en montoncito piedrezue-las. Rebuscábalas por debajo de la hierbecilla. Tarea muy laboriosa...

—¡Ejem... ejem! ¡ejem!

¿Quién tosía? Alguien llegaba allí.

Apoyado en un palo apareció un viejo obrero que llevaba en la boca un gordo cigarro mal oliente. Tosía mucho el viejo.

—¿Está aquí Antonio?

—Buenas tardes, señor Esteban.

—Es esa tu hija.

—Para servir a Dios y a usted cuando ella pueda.

—¿Cómo te llamas?

—Cómo te llamas, nena; dile al señor Esteban cómo te llamas.

—Tita.

—Tita, tita... Vaya uno a saber qué quiere decir.

—Matildita...—dijo Antonio.

—Es muy guapa.

—Verdad usted, señor Esteban, es como la gloria.

—Sí es guapa, sí...

—Y más salada que las arenitas de la mar.

—«Mía tú»—dijo el señor Esteban...

—Si no crecieran.

—«Amos», ¿y por qué no habían de crecer... ¿Di, tú?

—Toma, «pa» que fueran siempre «asín» de bonicas las criaturas... ¿Ahora qué les falta? ¿En qué «tien» que pensar? Pues ponte que están a todo «cuido» y hasta «regalos»... porque «pa» ellas una almendra o un «carambelo», es como pa mí más que un azumbre de vino... Y luego... Ya tú ves... hombre, lo que «ma pasao» a mí con la mi Andrea y con la mi «Micaela» y ahora con el mi chico...

—Yo no sé «ná», señor Esteban.

—Pues... La Andrea fue y en cuanto que estuvo hecha y había la «probe aprendío» a llevar el gobierno de una casa, se metió a servir... Pues que al año enferma de los ojos... porque se la requemaron, «se conoce» que del mesmo fuego del fogón ¿estás tú? Mal, mal, el «ulcolista» que la vido... pues, dijo que en quién sabe el tiempo no estará curada y que bien... vamos, lo que se dice bien del todo, no quedará... ¿Qué te «paece» a ti?... Ya no se puede valer para nada y

cuanto que yo la falte o que me quede sin trabajo... Más la valía haberse muerto. De la otra, bien sabes tú, de la «Micaela» digo.

—Sí, señor Esteban... Vamos, que esas son desgracias que no sé, pasan a todos... Lo mismo podía haberles ido bien... Y entonces...

—Que mi Andrea está ciega... de los ojos, que la otra es desgraciada por otro modo... y está más ciega y es peor ceguera que su hermana... Y saber que está como yo la dije... ¿«A te» cuenta que no tienes padres? Son desgracias... pero y el chico... ¿«Lo ha habío» con más suerte?... El tuvo al señorito Pepe que le favoreció y le pagó estudios, él de leer, de escribir, de cuentas, que «gramética» que «aritmética»... que a aprender el habla de los franceses y la de los de «toos» los países... luego destino en casa del señor en las mismas oficinas... Y cuando estaba a chico que qué quieres... ¡Sucede lo del robo! y por una «porquera» de «ná»... se pierde

el condenao... ¡Los hijos no debían salir de esa edad que tiene tu pequeña!...

Antonio se estremeció de espanto... Miró con hurañez, aunque así involuntaria y tal vez inconscientemente, a aquel inoportuno o impertinentísimo agorero... y luego... se levantó y se fue a recoger a su nena, que se había alejado hasta el otro extremo del pradillo.

Señor Esteban habló y habló, fuma que te fuma sus cigarrazos de tabaco fuerte. Antonio ya no le escuchaba.

Ya al anoecer se fue el viejo, y Antonio volvió a tomar en brazos a su nena. Parecía a Antonio que la criaturita estaba un poco pálida.

—«Teno fío»—dijo estremeciéndose, y Antonio la abrigó apretándola entre los brazos.

La nena se había metido los pies en una charquita; tenía los zapatitos mojados.

Lloró mucho aquella noche, y estuvo muy quejumbrosa y lloriqueando al día siguiente.

—¡Ay, Dios! Si se habrá puesto mala. Tres días después... en efecto, su nena estaba enferma.

Desde entonces ¡qué mala sombra la del señor Esteban! No estuvo bien la nena.

Ya podréis suponerlo. Pues sí, fue como suelen ser estas cosas, que primero una tosecilla, luego fiebre; veremos lo que será mañana; que hoy está peor, que al otro día parece que ha mejorado, y en fin, ¿a qué referirlo?

Sucedió hace ya tiempo.

Pues desde entonces Antonio es otro... Vamos, que no es el mismo; está el hombre que no hay quien lo conozca... tan serio como un juez, tan aviejado, tan triste... ¿Pues y Juana? Flaca, descolorida, sin ganas de mirarse... que si no fuera como ella dice cuasi en voz baja «porque una no ha de vivir en la basura»... ni una se lavaría.

El trabajo, pero un trabajo furiosamente emprendido y bárbaramente continuado, un trabajo martirio, un tormento

voluntario... parece que distrae a Antonio... Juana se pasa el tiempo rezando, para que Dios les lleve pronto a él y a ella... allá... no hay que decir dónde.

Los domingos si hace sol se marchan Antonio y Juana al pradillo... y allí, sentándose el uno junto al otro, callados... miran y miran al cielo azul, a lo hondo, hondo del cielo azul, y a veces por aquella iluminación radiante y purísima creen ver la única... aunque lejana alegría.

¡Dios de Dios... allí está mi nena!
¡Nuestra nena!

Allí... está... allí...
Sí, ellos nos llaman.



Nihil obstat.

El Censor,

Manuel Mestres, Pbro.

Barcelona, 29 de Abril de 1916.

IMPRÍMASE

El Vicario General

JUSTINO GUITART

Por mandado de Su Sñía.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Serio. Cane.

Imprenta Editorial Barcelonesa, S. A.—Cortes, 596

INDICE

	<u>Págs.</u>
Los gorriones anarquistas	5
Cadena de paz	17
¡Dame el mío!	27
El pajarito que todo lo sabe	41
La nena	57



ADMINISTRACIÓN DE ESTE LIBRO:
Editorial Barcelonesa, S. A.
CORTES, 596.—BARCELONA

